

"Construcciones fantasmáticas en las instituciones"

Autor: Lic. Alejo Recalde (Psicólogo-Psicoanalista M.P. 0614)

Pertenencia institucional: Instituto Oscar Masotta de la Escuela de Orientación Lacaniana (EOL) Auspiciado por el Institut du Champ Freudien y el Departamento de Psicoanálisis de la Universidad de Paris VIII

Mail: alejo_rec@hotmail.com

Mesa Seleccionada: El Obstáculo del Sujeto (Mesa 13)

Título: Construcciones fantasmáticas en las instituciones

Resumen: En el presente trabajo se busca establecer las coordenadas de la subjetividad hundida en el discurso capitalista. En la fragilidad del orden simbólico actual se opaca la diversidad subjetiva. La singularidad parece dentro de la universal categoría de consumidores globales. Los sujetos navegan entre consumo y consumo, se forjan identidades que gravitan conforme a las mareas del mercado. ¿Se puede rasgar el discurso capitalista, el para todos que solicita el amo para hacer posible la singularidad? ¿Cuál es el lugar para un analista en un dispositivo institucional? Para poder responder a ello el trabajo busca establecer una articulación entre el diagnóstico actual y un caso particular. Para ello se toma un fragmento de una intervención realizada desde una institución estatal que procura el restablecimiento de derechos.

Palabras clave: Fantasma- Instituciones- Cuatro discursos- Goces.

I. Uniformar los goces

Algunos analistas que trabajamos en instituciones habitualmente somos convocados donde algo en un sujeto falla, no funciona, como un pedido para reanudar lo desatado, para remendar el lazo social, etc.

Un sujeto sufre de lo que lo aqueja, allí somos convocados para “ayudarlo”. Muchas veces se puede localizar en el sujeto la repetición de esta situación que lo ha hecho sufrir y sobre la cual, al cabo de algunos encuentros, emerge su responsabilidad. Si tomamos el camino de la pedagogía al intentar corregir esto que se recorta como perjudicial, se lograrían resultados momentáneos que quizás compensaran la situación pero de ninguna manera se establece ningún cambio de posición. Puesto que la repetición se funda en un goce que va más allá del principio de placer, es como ese sujeto singular se relaciona con sus objetos. ¿Cómo es posible que alguien vuelva a elegir aquello que lo mortifica comprendiendo perfectamente su responsabilidad en ello? Puede resultar sumamente espinoso soportar la escucha de una situación que contradice la lógica común, para asistir a la escucha de un padecer, de un sufrimiento que lejos de ser modificado, persiste. Somos convocados a regular esta torsión, a reanudar lo que presumimos no hace bien al sujeto. A ese punto imposible lo llamamos objeto a, plus de gozar, pulsión. Es una condensación de goce que lejos de producir satisfacción hace presente lo indeseable, lo disruptivo, lo real. Pero paradójicamente es también la razón del deseo que se encarna en los objetos.

Socialmente somos convocados a identificarnos con los mismos objetos a, plus de gozar, que son el soporte del discurso del amo. Ellos constituyen nuestras fantasías, nuestros fantasmas. La cultura procura modos de goce uniformes, pero ante el goce del otro yo estoy en falta, por lo que en la rivalidad de los goces voy a intentar imponer mi modo de gozar. Ese modo de gozar podrá ser universalizable, todos tendrán derecho a gozar de él, es posible que instituciones preserven y restituyan ese derecho buscando ligar el goce desparramado. Provistas del saber, desarrollan políticas tendientes a restablecer un orden apoyado en los derechos para todos. Pero “las debilidades del orden simbólico no encuentran en todos los sujetos las mismas consecuencias”¹.

II. Fantasmas

El psicoanálisis es una posición ética que no cesa de reinscribirse, que incluye la falla, los singulares modos de fallar que hacen consistir lo imposible. Sólo a apres coup podemos hablar de que algo ha funcionado, de que una intervención tuvo éxito y es porque realmente no sabemos cómo funciona una interpretación. El psicoanálisis lleva inscripto este punto imposible de simbolizar, ese real.

Frente a la época del Otro que no existe, el imperativo superyoico nos empuja al consumo. El adelgazamiento del orden simbólico trasluce el debilitamiento subjetivo en el discurso capitalista. De modo tal que a través del plus de gozar el discurso capitalista forcluye la castración, la pérdida de goce, mediante la creación fantasmática de una posible restitución a través de los objetos comunes por los que se trabaja para lograr alcanzar.

El fantasma es el lugar del sujeto en una fantasía, en una escena desde donde se ve y ve al mundo. Es una forma de cerrar la hendidura que abre al deseo del Otro, un velo sobre lo que angustia. El fantasma es de lo que goza el sujeto para no toparse con la falta en el Otro, ya que ello es lo que angustia. La intervención del analista es establecer un corte en el fantasma, hacer resonar lo que se produce en el discurso del sujeto, lograr hacer bacilar lo más silencioso y opaco del síntoma, bordear lo imposible de decir, ese punto fijo de goce perdido y a la vez siempre presente en la vida de un sujeto. Es que sólo se habrá de conmover algo de esta homeostasis si algo del síntoma comienza a estorbar, si el anudamiento simbólico se interroga en su estructura. Para ello hay que lidiar con las identificaciones que estabilizan la realidad fantasmática.

En el deseo ebrio de la metonimia del consumo, los ideales son representados por objetos que se vuelcan a la restitución de un padre caído, a la añoranza de un herrumbroso amo. En esta última vertiente la queja gozosa se vuelve relato de la añoranza del restablecimiento de un orden perdido donde “todo era mejor”.

III. Cuatro Discursos

Lacan concibe al discurso como un artefacto para dar respuesta a la falta en el Otro, plantea que existen cuatro discursos que regulan el lazo social, ellos son: el discurso amo, el discurso histérico, el discurso universitario y el discurso del analista.

Cada vez son más extendidas las intervenciones sostenidas en el discurso universitario, en la verdad del saber que forcluyen al sujeto y cumplen con la burocracia que regula la forma ajustada de gozar. Intervenciones terapéuticas que re conducen a la norma, a lo que es como todo el mundo ¿Se puede desde el psicoanálisis producir una relocalización del goce singular?

En una intervención institucional ciertamente no se podrá realizar un atravesamiento del fantasma (entendiendo al fantasma como el desconocimiento del verdadero sostén del deseo) y tocar la singularidad de goce del sujeto, pero estar advertido de ello no es sin consecuencias en las intervenciones. Suponer que hay algo más allá del saber instituido y abrir la escucha es realmente apasionante.

En muchas oportunidades en las intervenciones sociales se pueden observar las estrategias de abordaje desajustadas a la complejidad de la situación, como una máquina vieja que produce desde otra realidad temporal soluciones anacrónicas. De igual forma asistimos a obstinadas quejas que añoran viejas formas de solución, antiguos ordenamientos con reglas y demandas bien precisas. Es en esas coordenadas fantasmáticas estables donde el amo demanda un producto que coagula una fijación a determinados ideales que apaciguan la relación de los sujetos con sus objetos. De esta forma ya se encuentran dentro de una escena, una realidad más o menos bien sedimentada. Dentro de ella hay cierta movilidad, libertades que se constituyen como razones de vida. Se busca en ella la restitución de un discurso amo donde poder encontrar identificaciones estables de los goces bien regulados.

Desde el discurso universitario el lugar del dominio está en el saber, sigue siendo el amo que desde abajo hace uso de este saber. A los equipos sociales se les solicita una respuesta eficaz a lo disruptivo. Pero desde este discurso igualmente se forcluye al sujeto, su singularidad de goce queda generalizada en las particularidades ya de una

clase, de un para todos. A partir de allí se interviene desde el bien común a toda la clase, se puede estipular un protocolo de intervención y un circuito burocrático para establecer la correcta forma de intervenir. Todo ello se establece silenciosamente como un producto, una verdad que aspira a la universalidad. Se puede evidenciar la encarnadura de este discurso en los diferentes equipos que intervienen en problemáticas sociales. Reuniones interinstitucionales de diversos grupos sociales que desde diferentes disciplinas y desde diferentes miradas procuran realizar una intervención para el bienestar de un sujeto. Luego de infatigables reuniones un sinnúmero de actores sociales intervinientes llegan a la conclusión desde su saber de cuál sería la mejor forma de arreglo quedando el sujeto doblemente dividido. Lo que aúna a todos esos profesionales reunidos en una gran mesa redonda es que tienen que dar una respuesta, tienen que hacer algo con lo que falla. Si no se obtura esa falta, ésta se vuelve sobre ellos.

Ese fantasma los aúna. Se está en la lucha codo a codo de algo que no cesa de no inscribirse. No se destaca esta situación simplemente para nombrarla como ineficaz, es un abordaje posible, simplemente la pregunta se dirige a qué es lo que allí se está haciendo? No están operando las propias escenas fantasmáticas como motores de un hacer ciego y asertivo?

El que domina se dirige al Otro demandándole un saber, exigiéndole desde su lugar de autoridad que obture con su producción de saber la hiancia.

En 1974 Lacan dice “todos proletarios” ya que en el discurso capitalista los sujetos no tienen con qué hacer lazo con el otro. El hiperconsumo produce sujetos aislados con satisfacciones evanescentes. Lo que aúna al capitalista con el proletario es el mismo objeto, la plusvalía. El capitalista busca colmar su deseo con lo que le resta al salario del proletario y el proletario para gozar busca restituir la plusvalía sustraída por el capitalista. De modo que la plusvalía es una restitución idealizada del objeto perdido, deseado.

Ese plus, ese más, Lacan lo equipara con el plus de gozar y lo nombra como objeto a. Actualmente este objeto a adquirió una movilidad y fugacidad, una locura capitalista donde ese plus por el que todos luchan se adhiere a objetos ligeros que atiborran el

mercado. Ciertamente en este contexto donde la voracidad individual de objetos promete en cada uno de ellos la restitución de un goce perdido que siempre deja caído al sujeto; tras cada nueva decepción que produce el consumo, se clama por un orden perdido donde un amo era garantía de la estabilización fantasmática.

En las instituciones que operan universalizando modos de gozar “para todos”, cabe preguntarse qué entramado sostiene el trabajo conjunto de los diferentes sujetos. Una hipótesis posible es que estas elecciones son sostenidas por fantasmas singulares. Se demanda cubrir una falta que es imposible y se responde desde el propio fantasma, fantasma que está a su vez atravesado por el discurso capitalista: hay que dar una respuesta. Cada uno con su fantasma estabiliza su realidad y su relación con los objetos. De allí a los fantasmas que institucionalmente se sostienen. Los goces y deseos particulares de cada institución se apoyan en discursos que implican una forma particular de lazo al otro.

La palabra construcción proviene del latín *construere*, del mismo significado, derivado de *struere* ‘amontonar’. Hablar de amontonamientos fantasmáticos institucionales parece más acorde a la complejidad del entrecruzamiento propio de las instituciones.

Es complejo poder comprender como es que muchos profesionales intervienen directamente desde su propio fantasma. Cuando uno no ha podido realizar una lectura crítica de sus propios fantasmas resulta muy complejo ser dúctil y operar con plasticidad de acuerdo a la singularidad de la situación. Con frecuencia se puede observar profesionales de los equipos que intervienen con enojo con niños y adolescentes en diferentes circunstancias que ciertamente no lo requieren. Resulta absolutamente llamativo como se interviene en forma invariable lo que por cierto genera mucho fastidio en los chicos. O psicólogos que buscan simpatizarle, empatizar, generar alianzas terapéuticas de igual forma a todos los sujetos con los que trabajan a pesar de ellos. Las críticas de estas prácticas no buscan demonizarlas sino de poner en relieve nuevamente que sería preciso realizar una lectura sintomática que incluya la singularidad de goce de cada sujeto y poder alojar a partir de una escucha caso por caso.

IV. Una intervención

El programa “Pequeños Hogares” dependiente del Servicio de Protección de Derechos de Niños, Adolescente y Familia, es un programa de desinstitucionalización de niños. Es una institución encargada de desanudar el acompañamiento institucional de otra institución (casa del niño). Como tal se propone no caer en los vicios de aquella institución. Tiene tres franjas: el de aquellos a quienes está destinado: 7 hermanos que son albergados en una casa donde se intenta proveerlos de todo lo necesario. El de las cuidadoras y operadoras que trabajan con los chicos en la casa. Y el del equipo técnico: dos trabajadoras sociales, una abogada y un psicólogo.

Desde un comienzo gran parte de las disyuntivas y discusiones en el equipo técnico se daban entre el deber al que hay que dar respuesta y el poder soportar una demora en la cancelación de la demanda. ¿Por qué demorarla si se podía responder en forma automática? Se comenzó a hacer presente una visión crítica sobre las urgencias subjetivas de los niños y adolescentes con los que trabajábamos. Esa urgencia, constituía el impulso para que algo de esa posición se conmoviera. La inclusión de esta perspectiva, destituía la proliferación de los temores, nada sucedería simplemente con cancelar esa demanda, por esa vía se conduce a una metonimia de deseos y cancelaciones que ciertamente no abre a la pregunta y a la singularidad subjetiva. El auge intervencionista puede sosegar algunos fantasmas dando cuenta de que se está dando respuesta, se puede sostener que se respondió objetivamente con datos empíricos que no sirven a nadie. Se engordan procedimientos burocráticos, se optimizan los recursos humanos con protocolos de intervención que no sirven para nada. Soportar esa incomodidad requiere simplemente el comprender en qué discurso uno se afirma para desde ahí poder aguantar la demanda de los niños y de la institución ¿cómo no dar respuesta a un chico que padeció muchas carencias y que el estado contrata para restituir sus derechos?

Recuerdo que uno de los puntos críticos en el equipo de campo era poder realizar los informes que justificaban nuestra existencia institucional. Se les daba prioridad a informes que nadie leía donde se volcaban los peores miedos del equipo con el único objetivo de cuidarse las espaldas en caso de que alguna situación se nos fuera de las

manos, si algo trágico sucediera. Todo ello era soportado por fantasías de demandas legales, se le temía al juez como a un amo. Cuando en realidad el juez operaba como un burócrata más que nos intimidaba a nosotros que obturáramos la falta con saber. Una cadena de temores institucionales, fantasmas institucionales que se plasman en formas cobardes de intervención. Adoptar una dimensión ética orientada por el síntoma implica poder reconstruir críticamente un modo de responsabilización de ambos lados.

También a través del tiempo va circulando entre los hermanos lo que apoyado en el saber se puede leer como un chivo emisario/ expiatorio. Se repite y circula la idea de que si uno de ellos abandona la casa el resto encontrará la tranquilidad deseada. Dicha fantasía circula, un día es uno de ellos el que genera los conflictos y es sobre el que se deposita el fantasma. Al día siguiente es otro de ellos y el lup se repite. Sorprende advertir que la fantasía de la tranquilidad vía expulsión también circula entre los otros dos estratos y de cada estrato con los otros. Nadie parece advertir la fantasía de que siempre que se vaya alguien la cosa funcionará, pero nadie se va y la cosa parece no funcionar.

El equipo técnico sostiene que sería preciso expulsar a algún hermano, a alguna cuidadora, a alguno del equipo técnico. Las cuidadoras creen que si la trabajadora social se fuera podrían trabajar tranquilamente y la casa funcionaria. Que el hermano X lleva al resto por mal camino, etc. Los chicos creen que su hermana X es el origen de los conflictos, si ella se va, el resto vivirá mejor, o la cuidadora de la tarde, o la de la noche. Siempre se afirma con certeza, se genera mucho revuelo, enojos, portazos, alianzas entre los chicos, entre las chicas y las cuidadoras, entre los chicos las cuidadoras y el equipo técnico, entre los chicos las cuidadoras, el equipo técnico y la directora del servicio de protección, la defensoría, la juez, etc. Pero siempre es uno el que se tiene que ir para que le resto esté bien.

La intervención es señalar esta particularidad, sin entenderla. Desarmar los argumentos que procuran justificar la expulsión. Ponerla en serie con los otros deseos de expulsión. Por primera vez surge una pausa en el enojo palabrero. A partir de allí algo se desanuda, la pregunta comienza a circular en esta particularidad, en los motivos de esta tendencia.

Dos hermanos en dos momentos distintos recuerdan cuando era bien chicos, un hermano murió a poco tiempo de nacer, uno de ellos estuvo internado largo tiempo a consecuencia de los golpes de su padre, en diversas oportunidades los hermanos pensaron en el parricidio. “muchas veces tenemos la sensación de que falta uno de nosotros” dice Ricardo (el hermano menor que muy pocas veces hablaba) al poner esta pregunta en relación con el deseo fantasmático de la expulsión se abren, comienzan a llenar las lagunas del recuerdo, la historia familiar, el deseo de relatar. Si bien la queja no se abandona se abre la pregunta. La singularidad se restablece, el chivo emisario en el corral. El equipo técnico y las cuidadoras ya no presuponen tanto, la expulsión se descompleta como fantasía.

V. Conclusión

Ciertamente una escucha que aloje al sujeto en su singularidad, como primer efecto, puede producir alguna reducción sintomática. Puesto que el síntoma se presenta como satisfacción encubierta, al ser interpretado pierde consistencia, lo cual es muy bien recibido como respuesta al malestar en la civilización, a la demanda institucional de intervención. Para que esto sea posible hay que emprender un recorrido crítico sobre el propio deseo, y las contingencias singulares propias que motivan intervenciones institucionales.

Bibliografía:

- Jacques Alain Miller “Sutilezas Analíticas” ed Paidós 2012

- Jacques Alain Miller “Punto Cenit- Política, religión y el psicoanálisis” Colección Diva 2012
- Lacan Jaques, Seminario XVII “El reverso del psicoanálisis”ed. Paidos.
- Tudanca Luis, “Una política del síntoma” ed. Gramma 2012